

de Delfos, y arrojado como un aereolito misterioso por el destino en los calabozos de la Conserjería para ser consumido por las cóleras y por las venganzas de la revolución. Allí fué preso el gran sofista Pedro José Proudhon; y allí iba á responder de su crimen el gran criminal Pedro Napoleon Bonaparte.

Pero el pueblo no se contentaba con esto. París quería una más alta víctima, una más ruidosa venganza. Apartábase los ojos del asesino para fijarse en el Emperador. Un nuevo convidado de piedra entraba en los festines de las Tullerías y descargaba la mano pesada y yerta, sobre el cesáreo cetro, cada día más quebradizo y más frágil. No era aquel Baudin, exhumado del ingrato olvido por la prensa, muerto, tanto á las balas de los pretorianos, como al menosprecio de los trabajadores; era un joven cuya vida oscura resplandecía como un meteoro, cuyo mérito mediano se ajigantaba con la muerte, cuyas esperanzas, segadas en flor, y caídas sobre su ataúd, le daban melancolía y sublime poesía. A su lado aparecían, heridos en el corazón también un padre amoroso, un hermano leal; una hermana querida, y sobre todo, aquella tierna amante, joven hermosa, enamorada, que apercibía su lecho nupcial y tropieza con la sepultura, que trenzaba en sus sedosos cabellos la corona de azahar y se clava la guadaña de la muerte, que se probaba su velo de novia y debía ceñirse los lutos de la viudez, herida en el alma, asesinada por la mano alevé del brutal Bonaparte. Hasta se hablaba de un niño, de un sobrinito, hijo de sus hermanos, que no quería creer la muerte de su tío, y le tomaba por dormido; y decía al duelo que le dejaran en paz, que no le despertasen, porque acaso le habían fatigado mucho los trabajos de aquel día. Así todos los sentimientos humanos se interesaban á una en la gran tragedia. Todos los corazones latían

unísonos en aquel momento. Los padres, las madres, miraban á sus hijos y preguntaban al cielo si no podía haberles sucedido lo mismo. Los amigos se acordaban de los amigos. Los jóvenes que debían ser llamados á reemplazar el refugio de las generaciones viejas, de las generaciones próximas, escuchaban y repetían toda suerte de amenazas contra sus infames señores. Las jóvenes lloraban el amor segado en primavera, la pobre novia ya viuda; y añadían al horror general toda la fuerza de sus sentimientos. Era, pues, París, un tonante volcan de encendidos ódios y de tremenda cólera.

Las reuniones públicas, tan gárrudas y tan temerarias de ordinario, se disolvían jurando revolución y venganza. Las gentes que pasaban bajo las ventanas de las Tullerías, fulguraban miradas de cólera y mostraban el puño en ademán de dar un golpe. Los exaltados del barrio de San Antonio y de Belleville encendían antorchas, y se daban á correr en busca del cadáver, como bacantes ébrios de ódios. Otros hablaban de conducirlo sigilosamente en coche de alquiler hasta el centro de los grandes boulevares, y allí mostrarlo al pueblo indignado, moviéndolo contra el César, como Antonio mostró el cadáver de Casio y contra Bruto. Por todas partes se oía: á las armas, á las armas. Un génio invisible trazaba en los aires, al reflejo de aquella ira universal, la palabra sacramental de las grandes crisis, la palabra del momento, la palabra revolución. Se oían sus detonaciones, y se esperaba por unos y se temía por otros su irremediable estallido. El trono de los Bonapartes caía con horrible estrépito bajo los anatemas de la conciencia pública. La libertad sólo había servido para precipitar la ruina y acelerar la catástrofe.

CAPITULO XXI.

EL ENTIERRO DE VICTOR NOIR.

Terribles días el once y doce de Enero de mil ochocientos setenta: días de ira popular, días de inenarrables tragedias. El once, de buena mañana, la *Marsellesa* dirigida, como hemos dicho, por Rochefort, aparece orlada de negro, con las declaraciones de los testigos del asesinato, y un llamamiento á las armas. La sesión del Cuerpo Legislativo se abre en medio de agitaciones casi epilépticas y de gritos casi revolucionarios. En el salón de conferencias los diputados, los periodistas, los curiosos, en grandes grupos, en coros numerosísimos, vociferan, gesticulan, disputan. Nunca se desmostró tan claramente aquella profunda observación de ingeniosísimo inglés, el cual decía que todos los franceses saben hablar bien pero que ninguno sabe oír, ninguno escuchar. Cada ciudadano lanzaba sus largas observaciones como un monótono monólogo. En lo que todo el mundo convenía era en la proximidad, en la inminencia de gravísimos sucesos. Mirábanlos venir con alegría los partidarios del Imperio dictatorial, porque á ellos fiaban la muerte

de la renaciente libertad y la restauración del antiguo cesarismo; mientras los liberales de todos matices, los republicanos prudentes veían caer enterradas en el polvo y en el humo de los motines todas sus esperanzas.

Entróse en las deliberaciones del Cuerpo Legislativo. Los bancos de los diputados estallaban, las tribunas del público parecían doblarse al peso de la gente. Rochefort se levantó y todas las miradas se fijaron en su tétrica figura. La elocuencia le faltaba para tan supremo trance, pues si hubiera podido vibrarla con el arte propio de los grandes oradores, despierta profundas emociones y aterraba y confunde á sus atribulados enemigos. Sólo se le ocurrió un tópico de retórica sobre el pobre hijo del pueblo asesinado por el príncipe de la sangre; y una desdichadísima comparación ya gastada entre los Bonapartes y los Borgias. La mayoría, con su ceguera de entendimiento, con sus extravíos de lenguaje, con sus violencias de golpes y de amenazas, dada al tumulto más que las oposiciones, amiga de las tormentas parlamentarias, como

si en esos graves conflictos el escándalo no dañara al mayor número, ahogó la voz de Rochefort, rompiendo los cuchillos de madera en los respaldos de los bancos, y llenando de feroces imprecaciones los aires, con lo cual solo conseguía encender y enrojecer todavía más la caldeada opinión pública próxima á estallar en una lluvia de fuego. Emilio Ollivier subía las gradas de la tribuna, se encaraba con el ardiente diputado; y en tono firmísimo, actitud resuelta y palabras imperiosas, le decía esta frase. «Tened cuidado; somos la justicia, somos la moderación, pero si nos provocais, seremos también la fuerza.»

En todo el día once fué, como decimos nosotros en nuestro lenguaje familiar, un jubileo la casa del asesinado. Víctor era lo que los franceses llaman *gamin*, palabra intraducible á nuestra lengua y que significa un joven ligero, gracioso, aniñado, de buenas prendas, de excelente corazón; pero un tanto calaveresco, aunque sus calaveradas sin graves consecuencias, pues de otra suerte perdería el derecho al epíteto; y en el fondo, un héroe. Todos concordaban á una en las excelencias de su carácter, en la intensidad y desinterés de sus afectos. Habíanlo depositado en la riente sala recién alquilada en Neuilly, que daba á risueños jardines poblados, no obstante la estación, de flores y de pájaros. Junto al salón un cuarto de estudio, verdadero gabinete de artista, donde brillaban fotografías de todos géneros, dibujos de todas procedencias, estatuitas de barro, manoplas de puro adorno, los libros de los clásicos franceses que le servían para ejercitarse á escribir, los libros de los clásicos latinos que comenzaba á hojear, los libros de los socialistas modernos, en cuyas páginas su inteligencia tomaba ese vago color azul y su carácter ese agudo filo revolucionario que explica la mitad casi de las desgracias y de los contratiempos de todos los reformadores en la vecina Francia. Durante mucho tiempo, su único trabajo consistió en escribir la crónica

diaria de un gran periódico de París. En nuestras reducidas ciudades apenas se comprende que pueda haber asunto para una crónica diaria. Pero trasladaos con el pensamiento á París; á aquella enrocijada de todos los caminos de Europa, á aquel foco de todos los rayos de la inteligencia; ciudad de dos millones de habitantes, inmensa colmena donde zumban todas las ideas, inmenso taller donde se ejercitan todas las facultades del humano trabajo, encrespado Océano de las pasiones humanas; con sus provocativos goces mezclados á inmensas y desgarradoras tristezas, con su pequeñez y su magnitud, con sus virtudes heroicas y sus groseros vicios; centro de contradicciones como verdadera obra humana, como verdadero reflejo de nuestro contradictorio espíritu; poblada de extranjeros que buscan el placer y encuentran el desengaño, de artistas que buscan la fama y encuentran el suicidio, de mujeres que van á dormir hoy á un palacio y mañana á un hospital, de todos los protagonistas de la escena europea, de todos los favorecidos de la fama universal; y tendreis materia para escribir un drama diario, como los dramas de Shakespeare, en que se mezclen lo sublime y lo grotesco, se vean los matices de todas las inspiraciones, y se oigan las voces confusas y discordantes de todos los elementos sociales; ya que allí están representados por algún embajador todos los hombres de la moderna civilización como estaban representados en el Panteón de Roma todos los dioses del antiguo Olimpo. De las crónicas pasaba Víctor Noir á obras más ligeras todavía, á artículos más chispeantes, folletos brevísimos, hojas llenas de gracia, periodiquillos agresivos, juguetes del ingenio, explosiones de su inquieta inteligencia. Caso raro y que parece ideado por un gran poeta dramático. En la víspera de morir hacinaba todos los elementos necesarios para una obra que debía publicarse bajo este lema: «Los asesinos del segundo Imperio.»

¿Quién le hubiera dicho que había de ser, *El autor de los Asesinos del segundo Imperio*, el más célebre de los asesinados?

El 12 de Enero celebróse el entierro de Víctor Noir. El día estaba sombrío, el cielo encapotado, las calles de barro llenas, la atmósfera como si fuera de agua, merced á esa menudísima lluvia de París que os rodea de una acuosa envoltura. Los talleres todos habían suspendido sus trabajos, las tiendas cerrado sus puertas, los colegios vacaban, los vendedores ambulantes salían en mayor número que otros días como á una gran fiesta, los esbirros vagaban por los alrededores de los edificios públicos, los gendarmes y guardas de la ciudad por las enrocijadas y esquinas, las tropas de la policía por las calles, la guarnición de la ciudad y de los depósitos circunvecinos por las avenidas y los alrededores como si se temiese una batalla. Y en efecto, mientras el verdadero partido republicano estaba penetrado de que todo intento revolucionario favorecía al Imperio, los demagogos, con esa imprevisión que les caracteriza, intentaban promover un levantamiento en los funerales de la popular víctima. Es una manía de que nunca se curarán los partidos avanzados, esas revoluciones ensayadas, preparadas, dispuestas para un día dado, como arregladísimo drama. Las revoluciones no se forjan artificialmente: de los motines artificiales, de los golpes de mano largamente preparados á las revoluciones verdaderas hay una inmensa distancia. Los primeros, los motines, son como el hombre del Wagner de Goethe, contrahecho en la retorta de la alquimia, mientras las revoluciones deben ser hijas de la naturaleza y de la sociedad á un tiempo, preparadas por largo y fecundo trabajo. Con una palabra no se cambian las corrientes de los tiempos. Los que creen poder transformar en un día las sociedades á su arbitrio, tienen de la sociología el concepto falso y fantástico que tenían los antiguos magos de la cosmogonía, cuando imaginaban

que el aliento de un Dios, el fruncir de sus cejas, eran bastante á encender la vida en la naturaleza y á poblar de seres los infinitos espacios. Ya en la geología moderna no se admiten las revoluciones súbitas, las catástrofes violentas. A la revolución milagrosa ha sucedido la revolución científica. Los días de la creación son eternos, y se reproducen á cada momento en el planeta. El período neptuniano, el período plutoniano coinciden á nuestra vista. El agua del Adriático que baña las marmóreas sandalias de Venecia, forma los fósiles como las aguas del diluvio. Y si ha cambiado la ciencia genesiaca de la naturaleza, debe cambiar también el Génesis de la sociedad. Dejaos, magos, profetas, sicofantas, reveladores, dejaos de vuestras tempestades, revelaciones súbitas, Sinaís tormentosos, milagros increíbles; y tened la resignación suficiente para transformar con lentitud, pero con seguridad, en sentido progresivo, humanitario, democrático, las sociedades humanas.

¿Pero quién persuadía á los revolucionarios y á los impacientes á que perdiesen aquella coyuntura? Creían que la indignación pública bastaba á engendrar una de las mayores revoluciones. Imaginaban que en el entierro de Víctor Noir todos los parisienses iban á dejarse asesinar como los antiguos gladiadores. Y no pensaban con la debida madurez que la indignación por grande, por justa, no podía darles armas, y que trescientos mil parisienses desarmados, entre ellos muchas mujeres y muchos niños inermes, no podían ni por obra de un milagro vencer á trescientos mil hombres armados de todas armas y sometidos á severa disciplina. Los previsores, los amantes de la República, los decididos á servirla y á salvarla, se apenaban de aquellas locuras y prevenían grande retroceso en la libertad, de nuevo anegada en diluvios de lágrimas y sangre. Pero muchos iban dispuestos á la pelea y llevaban ocultos puñales y pistolas como si hubiera sonado ya el instante supremo,